



LAS MIGRACIONES TRANSOCEÁNICAS DE TRABAJADORES

El abaratamiento de los transportes, la disponibilidad de tierras vírgenes, el crecimiento de la demanda de consumo y la ausencia de restricciones a la entrada de inmigrantes explican que millones de personas emigraran desde Europa, India y China para colonizar el Nuevo Mundo y amplias zonas de Asia.

La dimensión y las causas de los flujos

En el siglo XIX, unos sesenta millones de europeos emigraron al Nuevo Mundo; las tres quintas partes se dirigieron a Estados Unidos. Hacia 1880, los emigrantes europeos establecidos en América superaron en número a los negros de procedencia africana, que habían llegado como esclavos. La emigración intercontinental había sido obstaculizada por el prohibitivo precio del transporte y las comunicaciones permitió las migraciones. Además de la reducción del precio, aumentó la velocidad y mejoró la comodidad del viaje; en 1867, la travesía del Atlántico en barco de vapor duraba catorce días; en 1890 se tardaba la mitad. Ello explica que la emigración europea se acelerara desde 1870 (unos 600.000 emigrantes al año) y alcanzase el millón anual de emigrantes en el cambio de siglo; luego siguió creciendo hasta la primera guerra mundial, pero a menor ritmo. El tipo de emigración cambió. Frente al predominio anterior de británicos, alemanes y escandinavos, desde 1880 se impusieron los emigrantes del sur y del este de Europa. Asimismo, los emigrantes eran ya adultos jóvenes, predominantemente varones solteros, que procedían del mundo urbano y que eran trabajadores sin cualificar. Estos emigrantes aumentaron la oferta de trabajo en los países de reciente colonización, contribuyendo a equilibrar los salarios reales a ambos lados del Atlántico.

Con algunas excepciones (como España y Portugal), los salarios reales de los países de origen tendieron a converger con los países de destino de la emigración. La emigración de indios y chinos fue muy cuantiosa pero, generalmente, temporal; se basaba en unos contratos especiales que forzaban a los emigrantes a trabajar, en un régimen de servidumbre, en las plantaciones durante un tiempo para pagar el pasaje. Pero la emigración permanente fue de 4 y 5 millones de indios y de chinos, respectivamente. Esos emigrantes se dirigieron a los países de Asia que tenían una baja densidad de población y que establecieron los sistemas de plantaciones, como Ceilán, Boma, las Indias Orientales Holandesas y Malasia. En menores cantidades, los emigrantes orientales también se establecieron en Sudáfrica y el Caribe. La emigración

japonesa fue más tardía y pequeña (un millón) y se dirigió a Hawai y Brasil. Las intensas migraciones no contribuyeron, empero, a equilibrar las densidades de población por continentes. En 1900, la densidad de población en Europa era de 40,1 habitantes por km y en Asia de 21,3 habitantes. Por el contrario, en América era de 3,4 habitantes por km² y en África de 4.

Además de la revolución de los transportes mencionada, hubo otras causas directas de esas emigraciones masivas. Algunos acontecimientos provocaron corrientes migratorias, como las crisis de subsistencias, las persecuciones religiosas o las revoluciones políticas. Pero sus principales determinantes fueron las condiciones demográficas y económicas. La tasa de crecimiento vegetativo de la población (retrasada veinte años) impulsó la emigración, al aumentar el porcentaje de la población en edad de trabajar y, por tanto, de emigrar. También la diferencia entre los salarios de los países de destino y de origen favoreció la emigración, pues era el incentivo pecuniario para la misma; pero la intención de escapar de la pobreza para obtener mayores salarios no era suficiente para explicar la emigración, porque ésta tenía unos costes elevados que frenaban la movilidad para quienes se hallaban inmersos en la «trampa de la pobreza» (no tener dinero para pagar el pasaje), que sólo podía ser vencida por la existencia de otros factores. Muy importante fue el papel desempeñado por los emigrantes ya establecidos en las regiones de destino; éstos impulsaban la «migración en cadena», pues enviaban información y dinero para financiar el viaje de los nuevos emigrantes y les proporcionaban alojamiento y manutención cuando llegaban hasta que encontraban trabajo. Finalmente, los efectos de la industrialización sobre la emigración fueron importantes, porque incrementó los salarios de los emigrantes potenciales, lo que, de un lado, les permitía financiar el viaje (facilitando el factor expulsión), pero, de otro, reducía la diferencia con los salarios pagados en el país de destino (debilitando el factor atracción). El retraso en la industrialización explica que la emigración de los países mediterráneos fuese más tardía que la de los países del norte de Europa.

Efectos sobre la distribución de la renta

Las migraciones y el comercio internacional afectaron a la distribución de la renta en los diferentes países. La inmigración erosionaba los salarios en los países ricos en recursos naturales y con escasez de trabajo (América), y las emigraciones contribuían a elevarlos en los países pobres en recursos y con abundante mano de obra (Europa). Además, las importaciones de productos agrarios reducían la renta de la tierra y los ingresos de los campesinos en el Viejo Continente.

Esas pérdidas de ingresos provocaron una reacción proteccionista por los grupos afectados que, una vez puesta en marcha, invirtió los efectos redistributivos de la globalización. Una vez implantado el proteccionismo, ocurrió lo señalado por el teorema Stolper-Samuelson: la protección arancelaria aumentó la demanda del factor

escaso y, por consiguiente, su precio. Así, el establecimiento de restricciones a la inmigración y del proteccionismo en los principales países provocó el descenso en la desigualdad de la distribución de la renta, debido al crecimiento de los salarios. Por el contrario, el proteccionismo agrario en Europa aumentó la desigualdad, al aumentar las rentas de la tierra y contener los salarios.

En el Nuevo Mundo, coincidieron la política comercial y la de inmigración: el proteccionismo quería proteger los salarios obstaculizando las importaciones de productos intensivos en trabajo; pero es le fin no se hubiera conseguido si no se hubieran puesto límites a la inmigración. Las restricciones a la inmigración surgieron (primero en Estados Unidos y luego fueron i1rútadas por otros países) gradualmente desde 1880: a) se redujeron los subsidios a la inmigración; b) se exigieron contratos de trabajo; e) se prohibió la entrada de emigrantes asiáticos (China, 1882, Asia, 19 17); d) se establecieron controles de alfabetización, y, e) finalmente, se pusieron cuotas a la inmigración hasta llegar a la Ley de Cuotas a la inmigración de 1921 aprobada en Estados Unidos. En general, se pretendía frenar la inmigración de trabajadores sin cualificar, permitiendo la entrada de trabajadores cualificados, que seguían faltando en las economías del Nuevo Mundo.

En Europa las respuestas ante la inmigración fueron distintas. En el Reino Unido, a pasar de la escasa inmigración, desde 1890 los sindicatos pidieron restricciones a la entrada de emigrantes, que se aprobaron en 1905. En otros países europeos se pusieron algunos límites a la inmigración (Suiza, Bélgica) pero no tuvieron efectividad.

En contraste, la permisividad de Francia con la inmigración se debió al lento crecimiento de la población (que explica la ausencia de emigración), por la distribución más equitativa de la tierra y por d apoyo de los sindicatos a la inmigración. En este sentido, también Alemania acogió numerosos emigrantes.

Francisco Comín, "La segunda industrialización en el marco de la primera globalización (1870-1913), en Comín, Hernández y Llopis (coord.) *Historia económica mundial, siglos X-XX*, Barcelona, Critica, 2008, pp. 254 257